

HORNO CERÁMICO. CASTROMAO, CELANOVA

Esta curiosa pieza, la mejor conservada de un conjunto de casi veinte elementos de semejantes características, nos pone en contacto con las formas de vida, modos de producción y tecnología artesanal que se desarrollaron en la época de los castros, atribuyéndosele una cronología de los siglos IV-III a. C.

Aunque ya en los años veinte se habían hecho algunas exploraciones en Castromao, sin demasiado éxito y habían ocurrido hallazgos casuales muy significativos como la pieza encontrada en 1942 y entregada en el Museo, además de otras exploraciones clandestinas, es en la década de los sesenta del siglo XX, cuando don Mariano García Rollán, por aquel entonces agente de extensión agraria en Celanova, con el respaldo del Museo Provincial de Ourense, comienza la exploración sistemática de la estación, dando a conocer una síntesis de sus intervenciones en un extenso artículo publicado en Archivo Español de Arqueología (AEArq.) en 1971, exploración que aún continúa.

Entre los muchos y significativos descubrimientos de este singular e importante yacimiento, nos centramos hoy en una pieza descubierta en las primeras intervenciones de García Rollán, muchas veces citada pero apenas estudiada de manera monográfica.

Se trata de un conjunto de materiales cerámicos, que unidos y ensamblados forman dos piezas que, pensamos, forman una unidad funcional entre sí. No fueron los únicos elementos de este tipo que aparecieron en el curso de los trabajos, ya que, cuando menos otra media docena semejantes aparecieron al profundizar en los niveles ocupacionales por debajo de los pavimentos de las construcciones pétreas, y en las sucesivas campañas se documentaron aún más. Su descubridor nos da cuenta de sus hallazgos de la manera siguiente al resumir los descubrimientos efectuados al profundizar entre los pilares de las viviendas:

“De barro cocido, rojizo, grosero, salieron en él espacio entre las viviendas II y VIII, fragmentos diversos de un objeto que podemos reconstruir teóricamente en la forma que representa la figura 54. Se trata de una especie de horno, parecido al descrito. La parte plana tiene un grosor de 4-6 cm., es circular, de unos 80 cm. de diámetro, con una cara más o menos lisa

y la otra irregular, con huellas de los vegetales en que se apoyó el barro fresco; está perforada por unos 20 orificios circulares u ovales (de paredes lisas y de unos 6 cm. de diámetro medio). Del borde de la placa alza un reborde más o menos vertical, de unos 20 cm. de alto y 3-4 de grosor, cuya cara externa está adornada (cerca del borde libre), en parte por un surco horizontal y en parte por un dibujo penniforme, cuyo comienzo puede verse en la figura. Este desborde o murete no es continuo, tiene un vano de unos 13 cm. de anchura (a, Fig. 54). En otros lugares salieron otros trozos de barro que corresponderían a objetos parecidos, unos aplanados, pertenecientes a la placa perforada), otros curvados, que pertenecerían a desbordes, con un diámetro de 45 a 70 cm., y con uno el tres surcos paralelos, hechos con los dedos, en la cara externa, cerca del borde libre. Otros fragmentos serían parte de hogares o una especie de "morillos" curvados. Entre las cosas de barro cocido podemos incluir las representadas en la figura 53, la mayoría fragmentos de moldes de fundición”.

Como se puede apreciar, una descripción actual de la pieza permite advertir algunas diferencias con la que realiza su descubridor y avanzar en su interpretación. Primero, porque al trabajar en el Museo con los materiales entregados fue posible una más cuidada reconstrucción consiguiendo ensamblar casi completamente las dos piezas, y el posterior análisis nos permitió ver que se entremezclan en la descripción dos elementos diferenciados, correspondientes a lo que serían la parrilla y su pared, decorada con una banda incisa con sogueado, y otra parte, que se puede ensamblar sobre ella, que es la que presenta el vano, a manera de ventana de control, y que los fragmentos conservados de fondo susceptibles de ensamblaje no presentan los orificios propios de la parrilla. Segundo, este hecho nos llevó a pensar en que ambas partes formaban parte de un conjunto con una finalidad específica, hipótesis que se consolidó al conocer la publicación de un hallazgo producido en 1969, en Sévrier, en las cercanías de Annecy (Haute Savoie, Francia), publicado extensamente en 1975, y seguido de una práctica arqueoexperimental del gran interés apenas dos años después.

Está formado por dos partes. La inferior, casi cilíndrica, con un diámetro de 60 cm., presenta en la parte baja una parrilla de 5 cm. de grosor, perforada por huecos también casi cilíndricos de 6 cm. de diámetro, y paredes laterales de 38 cm. de altura, interiormente lisas, con restos de cenizas y concreciones en la parte baja, y alisadas y rubefactadas en el exterior, presentando cerca del borde, a dos cm., una banda discontinua con un

sogueado de 2,5 cm. de ancho. Se advierten, en la parte baja, como unos salientes, tres, como a manera de patas, apreciables también por la rotura de la pasta y la carencia puntual de improntas vegetales. La parte que debe corresponder a la tapa, es semejante, pero notablemente más chata, tiene solamente 20 cm. de alto, deja una abertura redondeada en la pared, como una ventana de control, de 13 cm. de ancho y casi 15 de altura, y la parte extrema es continua, sin perforaciones aparentes o sospechables, bien alisada por la cara interior mientras que en el exterior presenta las mismas improntas que la parte externa de la parrilla, con marcas de palos y de hojas de helechos. Su fabricación responde a la técnica de acoplamiento de churros de pasta cerámica que se aplican sucesivamente y se van soldando y alisando exterior e interiormente.

Sobre las funciones no parece haber muchas dudas. Desde su descubridor todos los autores lo refieren como horno cerámico, aunque el paralelo formal inicialmente citado -el de San Salvador de Lieria- no se corresponda en su totalidad; sí es un horno con una parrilla, pero de otro tipo, dimensiones y cronología. La utilización de este elemento como horno cerámico le pareció cierta a los descubridores del ya citado horno de Sévrier, y la interpretación resultó reforzada por las evidencias aportadas por la posterior acción experimental con una réplica, que logró conseguir rápidamente temperaturas de entre 800° y 900° y mantenerse durante más de treinta horas, lo que suministraría datos suficientes para conseguir resultados muy positivos en estos hornos en la fabricación de cerámica, y explicaría incluso la buena calidad técnica de algunos de los materiales de época y su cuidado final, como ha señalado Guillaine en referencia a las cerámicas de la Saboya francesa, y otro tanto podríamos decir para algunas producciones locales de Castromao.

Sin descartar su empleo para la fabricación cerámica, que resulta indudable por los resultados de la experiencia antes citada, debemos indicar que hay indicios de otras posibilidades que nos replantean la cuestión: la carencia de chimenea de aireación, aunque pudiera ser la ventana señalada, y la presencia de muchos fragmentos de moldes de fundición y de molinos de vaivén o cuna asociados con los restos de los fondos que se recogieron en el proceso de las intervenciones arqueológicas de Castromao, que no, en el que conocemos, en otros casos. De esa asociación pudiera derivarse una utilización de estas cámaras como hornos de preparación del metal y para su fundición en los moldes asociados, para lo cual encontraríamos modelos semejantes en hornos de este tipo descubiertos en Armenia, en el poblado

de Metsamor, siendo su cronología de comienzos del primer milenio a.C., ciertamente más antiguo que el francés y desde luego que el que ahora nos ocupa. En las piezas que conocemos no tenemos observados restos de gotas de metal o formaciones espongiiformes propias de una actividad de este tipo, pero la relación establecida hace que no descartemos la posibilidad de que no debamos interpretar todas las parrillas encontradas de una manera uniforme, sino dejando abiertas varias posibilidades.

La cronología de estas piezas de Castromao debe establecerse según las posiciones estratigráficas referidas por sus descubridores y que podemos ratificar en las campañas sucesivas. Nos situaríamos de esta manera en un horizonte cronológico de los siglos IV- III a.C., en relación con la fase central de la ocupación del Castromao prerromano, en los niveles asociados a la primera muralla construida en la plataforma baja, para los que contamos con datación C-14 que nos sitúa entorno a una fecha de 2370 +/-50 a 2250 +/-50 b.P., o lo que es lo mismo una edad equivalente, sin calibración, entre el 420 y el 300 a.C.

Nos encontramos de este modo delante de una pieza que ofrece muchas perspectivas de aproximación a los conocimientos tecnológicos y las formas de producción de una época muy significativa de nuestra historia, la de la cultura castreña.